

Capítulo dos

HISTORIAS DE SAN BARTOLOMÉ

Recuerdo histórico del San Bartolomé que yo viví.

Con toda mi amistad para Luz, Pura, Reyes, Manta, Pepe Hernández y Frasco por su colaboración y poder corregir algunos errores del texto original.

ACLARACIÓN:

Si se dice paisanos a los que han nacido en el mismo pueblo, yo que nací en Arrecife, tengo que llamar casi paisanos a las personas con quienes conviví esa etapa de la niñez y juventud, de forma casi continua desde el 4 de octubre de 1934 en que mi madre tomó posesión como propietaria de la Escuela de Niñas de la calle Travieso hasta el 17 de mayo de 1945 en que cesa en la escuela, por haber sido nombrada para la del Barrio de La Vega de Arrecife, y posteriormente durante muchos años más, de forma esporádica; etapa de juventud que por lo general es la que más impacta en nuestra personalidad y de la que tenemos los recuerdos más claros.

Hace algunos años, bajo el título "Historia menuda de Arrecife", ampliado posteriormente por "Más historia menuda", escribí unos libros sobre esa historia no tan trascendente; libros que me han causado gran satisfacción no solo por su acogida, sino por otras más personales e íntimas, como cuando una señora muy mayor, me coge de la mano y me dice: "Su libro lo tengo en la mesa de noche como un libro de misa"; cuando me entero que un colegio lo había puesto como lectura y comentario obligatorio a sus alumnos, o cuando uno de esos alumnos me llama para decirme que quiere venir a mi casa para comentarlo. Por eso, y porque había tenido la idea que algo sobre esa historia menuda de San Bartolomé pudiera escribirse, cuando el 2011 Marita me llamó para invitarme a una charla en la Casa Ajey, expuse brevemente algo de esa historia no trascendente, y pensé que era la oportunidad de hacer un proyecto de libro que, con el tiempo, y el mío por mi edad no es mucho, que debidamente ampliado y corregido, se plasmara en una publicación.

+++++

Se dice que las personas cuando vamos llegando a avanzada edad, aunque ya ni siquiera reconozcamos a los familiares más cercanos, recordamos con nitidez los episodios de la infancia y juventud. Lo que llamábamos vulgarmente falta de memoria y hoy los técnicos denominan enfermedad de Alzheimer. No sé si empezaré a tener los síntomas, pero mis recuerdos de San Bartolomé son tan claros que están en mi memoria las imágenes e incluso las voces de personas muchas de las cuales ya han desaparecido, hasta el olor de la leña y del millo estallando en el tiesto entre jable, el perfume de las hierbas de la habitación donde doña Margarita Fajardo preparaba

cilantros y "yerbahuertos" para llevar al día siguiente a La Recova de Arrecife, y el sonido de las palas limpiando las alcogidas en los días sonrosos que precedían lluvias.

+++++

San Bartolomé tiene hoy muchas cosas que no existían en la etapa de mi estancia, allá por los años treinta y cuarenta del pasado siglo, y del pueblo del que nunca me desvinculé y que visito cada vez que se me presenta la ocasión.

+++++

Me permitiré emplear la terminología de aquel tiempo, y así me oirán hablar de balde, alcogida, palangana, gomático, gállenlas o lebrillo y, aunque suprima el don cuando me refiera a personas más o menos próximas, aunque con sus excepciones, eso no significa falta de respeto, sino de intimidad, amistad y acercamiento, o por ser necesario para mejor adaptación al momento, por lo que quizá tenga que pedir perdón. No siento nostalgia de un pasado que, a pesar de lo que se dice, no fue mejor, pero que si tiene una historia que conviene recordar. Un día, en el mercado de los sábados de Arrecife, tuve la oportunidad de saludar a muchos de estos paisanos que, según Reyes, empleando el habla de pasados años, iban de gira a Yaiza y Playa Blanca. Según Ángel Tejera irónicamente, iban de "crucero", palabra hoy de moda para hacer turismo, aunque se aplique fundamentalmente al marítimo.

Siempre digo que no soy historiador, lo más, ese calificativo que me dio oficialmente el Ayuntamiento de Arrecife, del que me siento muy orgulloso, de Cronista. Cronista que cuenta las cosas que le han contado, que vive o que ha vivido, que es lo que pretendo, y, en ese que ha vivido, puede traicionarle la memoria, por lo que no puedo acreditar totalmente todo lo que cuento y me presto a que alguien me lo aclare. Tampoco lo hago con rigor de sistema, pues paso de un tema a otro, sin continuidad de materias, ni siquiera orden cronológico, ya que puede que diga antes algo que ocurrió después o al revés. Por eso cada uno de los temas lo consideraré como una especie de capítulo de este aspirante a libro. Historiador es el que nos da datos fehacientes y fechas exactas, obtenidas en su constante consultar en archivos y bibliotecas; yo no, me fío en mi memoria que, en algunos casos puede estar alterada por el paso del tiempo.

+++++

Mi admiración por quien considero el historiador más implicado en San Bartolomé, Pepe Hernández González. Sus trabajos silenciosos, no solo en el archivo de este pueblo, en el de todos y cada uno de los restantes, sino también en los de otras islas, en el del Obispado, e incluso en los de Madrid y La Rioja, buscando los orígenes de nuestro gran párroco don Víctor, obra que se ha reflejado, entre otros en el libro "Tras las huellas de Ajey" y la revista "Jable" y el tema para mí de interés, el estudio sobre la familia Monfort procedente de quien, en determinada circunstancia, fue una especie de héroe y al que nuestra capital, hoy en que se prodigan los títulos de Hijo predilecto o Hijo adoptivo, no ha homenajado como corresponde. Yo lo encontré un día ensimismado, entre papeles en el archivo de Tegui. Perdona que lo diga, pero correspondes perfectamente a lo que se denomina, con una dosis de humor, pero con el máximo respeto y cariño, un ratón de bibliotecas.

A otro historiador, Pepe Ferrer, debemos el magnífico retrato de don Juan Olivero, a quien también conocí; la historia de nuestro pariente común el Mayor Guerra y otros acontecimientos importantes de nuestro pueblo.

El que fue mi colega Facundo Perdomo, en sus crónicas y publicaciones, también nos contaba cosas muy interesantes de aquí.

Del señor Olivero, recordado por Pepe Ferrer, tengo que contar dos anécdotas: La existencia en mi casa de una cama con unos grabados de pájaros y rosetas de su arte y el que, cuando mi abuela Margarita le encargó una escalerita para limpiar los cristales de las altas ventanas, una tarde aparecieron en mi casa tres hombres portando una pesada escalera, ya que uno solo de ellos no podía levantarla. La escalera se colocó para subir a la tronja y nunca más se movió.

En la historia y en su recuerdo, por muy importantes que sean los acontecimientos, lo verdaderamente esencial son las personas. Echo de menos a algunas de mi época: Pepío, José Rodríguez Espinosa, y perdonen los familiares que lo llame así, pero creo que es la mejor forma de identificarlo, con quien hablé por última vez hace bastantes años, en la plaza de la iglesia; Jeremías, también compañero de la escuela, de Las Calderetas, con quien coincidía algunas veces en un pequeño supermercado, en Playa Honda; Juan Fuentes Armas, pariente lejano con el que hablaba muchos días en la calle Real, y que, en aquellas tardes del sábado en la escuela, cuando el rezo del Rosario era obligatorio, era el único que se atrevía con el latín de la letanía, aunque algunas veces se le atragantara el "*Domus áurea, Stella matutina o el Salus infirmorum*", y que todos contestábamos medio adormilados con el monótono "*ora pro nobis, ora pro nobis, miserere nobis*"; a Crispín, pionero en la difusión del conocimiento de lo nuestro entre los visitantes, y con el que disfrutaba en sus conversaciones casi fanáticas sobre Lanzarote, en cualquier esquina de Arrecife; y que seguramente en otra esquina de su Nuevo Destino, estará hablando con sus nuevos amigos, de las excelencias de nuestra isla; y a Pedro Martín, la gran voz ya perdida, de último continuo caminante de las calles arrecifeñas, y que siempre unía un chiste que contarme. En su honor, les contaré el último que me dijo: "Un señor de Tahiche necesitaba semillas para plantar en el arenado. Le dijeron que quien vendía era Antonio Cejas, en Masdache. Se encaminó a allá y en una casa preguntó por alguien que vendía semillas. Le dijeron que en la casa de enfrente, de Antonio Cejas. El hombre, de poca memoria, tocó y cuando le salió una señora, preguntó: ¿Aquí vive Antonio Pestañas? La señora le contestó: Aquí quien vive es Antonio Cejas. Perdona señora, pero yo sabía que era algo cerca del ojo". Hace unos años, en la iglesia de La Vega, de Arrecife, no pude dominar la tentación de dirigirme a una señora ya bastante mayor, que veía todos los domingos, y preguntarle: "¿Usted es doña Magdalena, de San Bartolomé, madre de Esperanza, Feliciano y Gonzalo?" Ante su afirmación le expliqué quién era yo, y ya pueden imaginarse la alegría de una y otro, después de tantos años. Años más tarde en una visita al Cementerio de Arrecife para colocar unas tradicionales flores en la lápida que acogía los restos de mi suegra, también me sorprendió que la de al lado acogía los de doña Magdalena. Mi recuerdo para Marcial Perdomo que después de compañero de la escuela y amigo íntimo, compartimos jornadas de pesca en los peligrosos mares del poniente de la isla y a quien, en el Zoco de Ginés, una ola arrancó de donde se encontraba, con la suerte de caer en un saliente donde, entre todos pudimos sujetarlo.

+++++

A propósito de la calle Calderetas y de Jeremías, recuerdo que frente a su casa estaba la de don Juan, señor ciego, a quien veíamos al pasar, sentado en una pequeña banqueta junto a la puerta acompañado de su inseparable perro. Cuando los dos pasaban por delante de mi casa, no sabía que admirar más, si la valentía y entereza de don Juan o la que llamaría inteligencia del perro lazarillo, que les permitía recorrer todos los caminos, llenos de piedras y baches, sin pérdidas ni incidentes. Como más importante, he recordado a personas, pero también existieron hechos y situaciones que merecen ser evocados.

De aquella calle Calderetas recuerdo dos personajes, los hermanos Méndez: Don Antonio, que nunca vi pero si oí nombrar, y doña María. A ella nunca la vimos en la calle y, dentro de la huerta, por un agujero del portón, la contemplábamos con una especie de abrigo o gabardina hasta los pies, un pañuelo que le tapaba la cara y un sombrero encajado hasta las orejas, por lo que los muchachos la considerábamos un poco chiflada. Alguien al parecer también con sus facultades mentales algo alteradas, causaba un temor injustificado en chicas y muchachos. Recuerdo a las alumnas de mi madre salir despavoridas al grito de: "¡Qué viene Higinia!, ¡qué viene Higinia!"

+++++

Me decía mi padre que don José María Gil comentaba que un señor, emigrante que regresó en buena situación económica, había prometido donar un reloj para colocar en la torre, si puede tener ese calificativo, de la iglesia, que no disponía ni siquiera de uno de sol, como la de Tinajo. Tengo uno clásico cuyo eslogan grabado, en latín, dice: "Tempus fugit", que el tiempo huye, que vuela. El de San Bartolomé debió tener el "Tempus yacet", pues durmió, yació durante muchos años, esperando a tener una torre de altura adecuada para el recorrido de las pesas que tiraran del mecanismo, lo que incumplía la del templo. En mi época en que los relojes personales brillaban por su ausencia, la vida social se regía por las doce campanadas, supongo que calculadas por la altura del sol, que el sacristán o algún monaguillo tocaba. Parece que don Juan Gil, con su humor característico, en el momento de la inauguración exclamó: "Es la primera vez que se ha construido una torre para un reloj y no un reloj para una torre". Me aclara Marita que el donante fue un hermano de los Méndez de la calle de Las Calderetas y que los apellidos eran realmente Perdomo Méndez.

+++++

Hoy nuestro pueblo tiene grupos escolares, parques infantiles y centros deportivos; calles asfaltadas y aceras, peluquerías modernas, bares y restaurantes, grandes comercios, teatro y hasta museos, cosas impensables en aquellos tiempos.

+++++

¿A qué jugábamos los muchachos? Desde la piola, canturreando, mientras saltábamos sobre el condenado a agacharse, aquello de "Arriba, arribita, tengo una montañita, en la montañita un árbol, en el árbol un nido..," o "A la una la mula, a las dos el reloj", siguiendo lo de "la coza, el mocho y el carapuchete", hasta la piola corrida. Lo que nunca se jugó fue el Chichiri voy, popular entre los muchachos de Arrecife. Después de que los militares del Batallón de Lorca pelaran el terreno de don Fernando Fuentes junto a la Sociedad para jugar, el fútbol fue adquiriendo algo de protagonismo y pateábamos, al principio una pelota hecha con una media rellena de trapos, y después el balón,

forro cosido y recosido; inflando, desde un neumático que duraba muy poco, hasta con una vejiga de cochino que nos regalaba don Bartolo Arrocha, pasando por las gomas de la bicicleta de Esteban Gil. Los gomáticos para inflar el balón, los vendían, no sé por qué motivó, en la Farmacia de don Rogelio y, como enseguida se reventaban, los chicos de la escuela, perra a perra íbamos reuniendo y depositando en la escuela para que el maestro nos comprara uno. Todo en la plaza inclinada y regateando a jugadores y a eucaliptos, o en la hoy Plaza de El Carmen, cuando el rival era la Escuela de abajo. Una tarde en casa de don José María, cuando, otra vez se nos reventó el neumático, Esteban trajo la bicicleta, le sacó una rueda, metió el neumático dentro del forro y lo infló, con el inconveniente de que el balón no quedó esférico sino abullonado que diría una costurera y la válvula metálica hacía ver las estrellas a quien se atrevía a cabecearlo. Inolvidable el recuerdo de la pelota de goma, grande como un balón y creo de color azul, que Facundo o alguno de sus hermanos trajo, cuando la familia regresó de Las Palmas. Primera pelota de verdad que los muchachos de la escuela pateamos.

El boliche que, cuando alguien los perdía todos se decía que lo habían escurrido; la cometa de forma de hexágono alargado, el arco, el trompo o el guirgo, eran otras de las diversiones, en que los juguetes eran el camello hecho de tunera con la silla de un viejo arco de pipa doblado en forma de eme o el camioncito; los de más lujo hechos de una madera en forma de lechera, con ruedas casi cuadradas, ya que el cuchillo de la cocina no permitía más perfecciones, un cacharro de leche condensada como trompa y otro lleno de agujeritos con una vela dentro, que hacía de faro nocturno. El otro camión, más simple, era una hoja de tunera que, pinchada con un palo de bobo o un pírgano, se arrastraba, dejando la marca del paso por las calles de polvillo y arena. Algunos boliches eran de acero, sacados de un cojinete desarmado a lo mejor en el taller de don Manuel "El Herrero", y los de lujo, las bonituras irisadas, que a alguien le había traído el padre en un viaje a Las Palmas o compradas en la tienda de la calle Fajardo de Arrecife, que regentaban doña María Morales, poeta y profesora, y su hermana doña María Teresa. Incluso, con un palo de escoba, imitábamos la instrucción que los soldados de aquel batallón murciano practicaban con armas de verdad, delante mismo de la escuela.

El trompo que zumbaba con suavidad se calificaba de pajita y el que lo hacía de forma ruidosa y desafinada, carraqueño. Para que fuera pajita se le quitaba la púa y en el hueco se metía una mosca viva. Para bailarlo había que buscar una liña costera y la mayor habilidad consistía en recogerlo en la mano antes de que llegara al suelo. Para jugar al puazo se le cambiaba la púa roma que traían de fábrica por una de una tacha afilada y lanzarlo sobre el del que había perdido intentando partirlo. Miguel Robayna ganaba siempre al puazo, pues él mismo los hacía de un trozo de rama de moral, que era muy pesada y dura.

Antonio Armas hizo una cometa enorme con papeles de bolsas de cemento y con liña costera, que había que amarrarla a la argolla del burro, ya que no había fuerza para sujetarla y le amarró en la punta del rabo hecho de tiras de trapos, la esquila de la vaca, y pasó toda la noche campanilleando.

El arco se sacaba del que tenían los bidones o, una vez quemada en una hoguera, el de cables de acero del interior de una rueda de coche. El tocador para empujarlo era una verga gruesa con un garabato en la punta y un mango hecho con un palo de bobo.

¿Las chicas? La muñeca de trapo con cabeza de un callao pintado de ojos y boca acostada sobre la cuna, un simple trapo doblado; las casitas, con platitos de trozos de lozas o tazas rotas; el teje, que algunas veces compartíamos los muchachos y para el que todos guardábamos un trozo de ladrillo al que dábamos forma frotándolo contra una piedra viva; saltar a la sogá, muchas veces empleando la de amarrar a la burra, acompañada por el coro de canciones infantiles absurdas como aquello de: "En Zaragoza hay un cañón, debajo del agua resucitó; al levantarse vuelve a caer, mata a la hija del coronel; el coronel era capitán, Alfonso XII ha muerto ya"; "Catalina, Lina, Lina, puso un huevo en la cocina, y la madre le pegó con el rabo de la cochina"; "Santa María, ¡qué mala está mi tía!; ¿con qué la curare?; ¡con tres palos que le dé!; ¿Dónde está el palo?; ¡el fuego lo quemó!; ¿Dónde está el fuego?; ¡el agua lo apagó!; ¿Dónde está el agua?; ¡eso sí qué no sé yo!; "Somos los ladrones que venimos a robar, a casa de doña Ana, doña Ana de Portugal; doña Ana no está aquí, que está en su jardín, regando las flores de mayo y abril"; el redondillo o el quemado, para mí semejante al actual béisbol de los americanos, pero que en vez del bate se le daba a la pelota con la mano; rebotar y recoger la pelota contra la pared, recitando "a mí una, a mi dos" mientras las manos se hacían girar una alrededor de la otra como satélites, o las prohibiciones de "sin reír; sin mover; sin hablar"; esta última con los labios cerrados y llevando el dedo índice a la boca; la prenda y la almendra; y lo del patio de la casa que era particular ya que no se mojaba cuando llovía. El "Matarile, ríle, ríle" hacía referencia a unas llaves náufragas que habían caído al fondo del mar y a una señora submarinista, que había que enviar a rescatarlas.

Los mayores dividían el año en meses, semanas, días y horas; los muchachos en el tiempo del juguete que se usaba: El tiempo del boliche, el tiempo del arco, el tiempo del trompo o el tiempo de la cometa. Este último coincidía necesariamente con el de las brisas primaverales, características del viento necesario para elevarlas. Era curioso que, sin ponernos de acuerdo y como por instinto, aparecíamos todos a la vez con la bolsita de los boliches, echando la cometa o empujando el arco.

Un día importante fue lo que luego se convirtió en la tradicional "Fiesta de la Luz". Fui testigo de los esfuerzos para poner en marcha, en el patio de la verbena de La Sociedad, el motor que inauguraba las fiestas. Después de intentos y más intentos, haciendo fumar al aparato, ya que había que introducirle una especie de cigarro encendido para darle después a la pesada manivela, y que con la llegada de alguien más entendido o más experto, al final arrancó. Y, a propósito de ese motor, confieso que durante mi estancia en San Bartolomé, nunca llegó la deseada luz eléctrica. Leíamos o estudiábamos a la luz de un velón, aquel bonito aparato de latón amarillo con depósito para el aceite, del que partían cuatro brazos para insertar una mecha de trapo, del que guardo uno; o en el peor de los casos la chorreante vela, que cuando era de sebo la pestilencia tumbaba para atrás, pegada a la palmatoria, y para soportar la intemperie del paso por el patio, dentro del farol resguardado con cristales, fabricado por el latonero. En relación con este tipo de farol, mi amigo Estanislao me contaba lo que él decía anécdota real y, que lo fuera o fuera simple chiste, creo que, por su gracia, merece contarlo. Las parejas de novios marchaban camino del baile, acompañados por la familiar, lo que en otros lugares llamaban carabina, que portaba el consabido farol para orientarse por los oscuros caminos. Los picarones novios caminaban más de prisa que la carabina para salirse del círculo de luz, y aquella, sospechando la treta, le gritaba: "¡Mariquilla, no te alantres!"

+++++

Por cierto que la llegada de la luz eléctrica a las calles, por lo que hoy se denomina contaminación lumínica, acabó con uno de los espectáculos más espléndidos de nuestros campos: Las noches de luna llena. Las familias se reunían en el camino delante de la casa o en la era, a charlar, cantar, o al toque de la guitarra, el timple o el laúd, cuando a nuestros grupos folclóricos aún no se había incorporado los descomunales contrabajos o el tambor herreño.

+++++

Actualmente un pan selecto, más caro, es el llamado integral, ya que contiene una parte del salvado, fibra beneficiosa para la salud; el de aquella época debió ser muy sano ya que, por razones no de salud, sino de aprovechar todo lo que la escasez obligaba, la harina casi no pasaba por el cedazo, y los afrechos, como denominábamos a ese salvado, pasaban totalmente al pan. Recuerdo una panadería en El Cascajo, creo que de la familia de don Hermenegildo; la de don Santiago en la calle Halcón y la de don Gervasio Villalba, en la calle entonces Travieso, donde hacíamos cola hasta que el pan se acababa y había que esperar, a lo mejor, hasta la semana siguiente; y a doña Carmela, creo que Perdomo y madre de Marcos, con la barqueta vendiéndolo por las puertas en otra etapa de mayor abundancia. Desde luego nada de dulcerías, que solo había en Arrecife, y mi madre encargaba a doña Juana Perdomo, que conocíamos como "Juanita la panadera", recién llegada de Tenerife, unas galletas como las que hoy compramos bajo el nombre de lenguas de gato, pero aquellas mucho mejores que éstas.

Para fabricar el gofio y la harina, la molina de don Gervasio sobre un morro camino de La Caldera, donde el centenario o casi centenario, creo que don Francisco, padre o padre político del dueño, a pesar de su edad recibía y manejaba sacos y costales, y debió sorprenderle el estruendo de una de las aspas cuando una racha de viento la arrancó; el velamen de la de don Juan Armas, con aspecto de noria de feria, o la de fuego de don José María, a la sombra del otro ya inutilizado, de forma circular con caperuza rojiza.

+++++

Las mujeres, doña Margarita Fajardo, doña María la de la calle Calderetas, doña María de la Caldera, con sus lecheras, doña Magdalena, doña María que vivía junto a la molina de don José María, y muchas dirás, se encaminaban diariamente, la mayoría detrás y tocando el burro con la vara de membrillo, a La Recova de Arrecife, para vender sus productos, comprados la tarde anterior en las inmediaciones de este pueblo. Pero también recibíamos importaciones: Doña Edelmira, con un burrito negro y minúsculo, traía desde La Tiñosa, gueldes y sardinas, y doña Amabilia, que debió padecer albinismo, como parecía de sus ojos casi blancos, sin pestañas y tapándose continuamente de la luz solar con la sombrera y el sobretodo, aportaba la sal de los charcos de La Santa, de su Tinajo natal, que medía con el medio almud, que también llevaba en las alforjas de la burra, ésta más grande que la de su colega tiñosera, la que después de terminar la venta, dejaba suelta la burrita casi del tamaño de una cabra y se echaba debajo de una pared a dormir los efectos de la media botella de vino que, entre venta y venta, había trasegado.

Todavía recuerdo el olor de las hierbas que impregnaba la habitación de doña Margarita Fajardo, cuando acompañaba a mi madre a su casa.

+++++

Hoy los supermercados, con sus estanterías y productos bien ordenados, huelen al ozono pino que la máquina barredora esparce por el suelo, para dejarlo limpio y brillante. Las tiendas de entonces olían al tabaco en rama que colgaba de la estantería frente a la puerta y que se picaba para llenar la cachimba, y al no tan agradable de la pila de pardelas saladas, desplumadas y, no sé si por un rito especial, con el pico cortado. Yo miraba a don José Rocío, padre de don Antonio último gran pastor de Lanzarote, en sus frecuentes visitas a mi casa por algo de unas tierras de mi abuela que él llevaba, antes de encender una y otra vez la cachimba, apretar el tabaco y abrir y cerrar una especie de tapa de metal amarillo, para después jalar y llenar la habitación de humo. A la casa en que se estaba haciendo un caldo de pardelas, la delataba el fuerte olor que se percibía a muchos metros de distancia e impregnaba las ropas y hasta las cabezas de los muchachos que las habían ingerido, y se manifestaba cuando llegaban a la escuela.

+++++

En la tienda de don Manuel de León, junto a la plaza; la de don Antonio Cordovez, el hombre que cuando se enfadaba disimulaba la popular palabrota diciendo "cono" como cuando vemos en los periódicos extranjeros escribir España sin eñe, y así se le conocía, al lado de la Escuela de Arriba; la de doña Herminia cerca de la Esquina de Parra y a la vuelta de la esquina la de Carmita Perdomo, que me asombró una vez haciendo las cuentas con una pluma estilográfica con tinta verde; la de doña Pura, también en Las Ventas; la del señor Machín en la que nunca estuve, la de don José María Gil, de la que, como adorno, colgaba en la pared una cachimba descomunal, y la de Don Juan Armas junto a la molina, con aspecto de velero varado tierra adentro. Contra la entrega del correspondiente cupón de la cartilla de racionamiento, nos vendían a cada uno media mitad de aceite y de petróleo, una lata de leche condensada para los niños pequeños y cien gramos, dos o tres embosadas, de arroz en papel baso, tan canelo como el de los cupones de la cartilla. Hoy dicen que el azúcar moreno es más saludable que el blanco y refinado; la de aquellos tiempos, escurriendo melaza, debió ser sanísima. Recuerdo y hasta casi paladeo mentalmente, la blanca de origen francés, de cuadritos envueltos en papel, que don Guillermo Cedrés, regaló a mi familia.

En la tienda de don Juan Armas, que además era pagador habilitado de maestros y funcionarios, trabajaba don José Hernández, recientemente llegado de Uga.

En alguna de esas tiendas, en la cantina, sobre todo los sábados por la tarde y los domingo, se tomaban vasos de vino y se jugaba al tute o al subastado y, cuando había un desafío, un envite. Cuando entrabas en la tienda, por la puerta de la cantina salía el olor característico de la mezcla de vino y licores indefinidos, acompañado de algún "¡Envío!" o cualquier otra palabrota.

Una mañana, cuando estábamos en el recreo vimos salir del almacén de la tienda de don Manuel de León, un hombre con un pequeño bidón en los brazos, envuelto en humo y llamas, que arrojó en medio del camino donde el fuego de la gasolina se extinguió. Aquel acto, heroico llamaría hoy la

prensa, le costó cierto tiempo de convalecencia para curar sus heridas, a don Domingo Gil, después policía municipal de Arrecife.

+++++

No se podía hablar de agua corriente, grifos o fontaneros porque no los había ni estaban en el idioma del momento. Sin llegar a la poética exageración que nos cantan los Campesinos de "Te lavaste el hocico con el agua del sancocho", la verdad que había que administrarla tanto o más que si fuera oro. Se sacaba guindando con el balde y si éste, por haberse roto la soga, se había caído al fondo del aljibe, en cada casa había un pitón con un garabato en la punta y, con cierta habilidad, se intentaba pescarlo. "Dice mi madre que le preste el garabato, que se le cayó el balde al fondo del aljibe". Esperaban al agua, el lebrillo de barro canelo, que cuando era de color más claro se calificaba de melado como algunos gallos de pelea; la palangana blanca de pisa con flores encarnadas o la caldera de hierro, sentada sobre los teniques, esperando que el fósforo prendiera fuego a los carozos, a las varas de parra o la tunera seca y con el abañador prender el fuego. La escasa higiene, sabatina o en la mañana del domingo antes de ir a misa, consistía en medio llenar el pesado lebrillo y una lasca de jabón del suasto. Un gran avance fue aquella especie de regador colgado en la pared y que había fabricado el latonero de turno.

Tengo certeza histórica, muy dolorosa para mí, que el gas butano no llegó a nuestra isla hasta 1960.

+++++

Los actuales grupos escolares, no solo cuentan con muchas aulas, sino que tienen canchas deportivas y los alumnos se dividen por edades y por grupos creo de un máximo de treinta por cada profesor, como se denominan actualmente. Prefiero el término maestro. En la etapa que contamos, había cuatro escuelas, dos de niños y dos de niñas. La de Arriba, en la Plaza, que ocupa el actual salón de actos del Ayuntamiento; la de Abajo, cerca de la Plaza de El Carmen, que siempre regentó don José Ferrer; la de la calle Travieso, hoy Margarita Martín, de la que era titular mi madre Margarita Martín Martín, y la de Las Ventas, en la casa de doña Juana Perdomo, que dirigía en aquellos momentos creo que doña María, la esposa de don Juan un guardia civil. Aquellos verdaderos almacenes adaptados a la labor educativa, disponían de muebles bastante gastados por el uso, una especie de carpeta con un agujero para el tintero, un plumero de madera con el plumín, que a la menor ocasión se refoaba y había que sustituir por otro nuevo; una pizarra pequeña que, aunque tuviera un marco de madera, si se caía se estrallaba, y un pizarrín para escribir, que se borraba con una cacho de trapo húmedo, que mojábamos en la botella que, en la escuela no dotada de agua, llevábamos con una ramita de culantrillo dentro para el efecto simplemente psicológico de parecer más fresca; y una pizarra mural pintada con negro de humo disuelto ,en vinagre, que vi hacer al señor Olivero. La tinta se hacía disolviendo en agua el contenido de un pequeño sobre comprado en la botica de Matallana. Los alumnos nos turnábamos en borrar la pizarra de las escrituras con tiza blanca, ya que las de colores eran un privilegio que se usaba solo en ciertas ocasiones.

Dotadas de escasos libros, casi todos patrióticos. En mi biblioteca tengo: "Gaviotas", "Héroes" o "Glorias imperiales", para los chicos, y para ellas "Mary Sol", en sus diversas etapas, y aquellas

"Enciclopedias" en sus tres grados, Primero, Medio y Superior, con un contenido, acaso más superficial, pero que no tienen nada que envidiar a ese montón de libros con los que hoy se beneficia a las editoriales y se atormentan las espaldas de los escolares. De la escuela de mi abuela conservo aquel ideal de niña decimonónica que nos muestra "La buena Juanita".

No había división ni por edades, ni por materias. Recuerdo ver las listas de la de mi madre con más de ochenta nombres. No hace mucho, y me llenó de satisfacción, cuando una profesora, la señora Brito, me dijo: "Todavía no comprendo cómo su madre, con todo aquel montón de alumnas, pudo enseñar a leer y escribir a mis tías, mudas de nacimiento". Pienso que era cuestión de vocación, paciencia y cariño.

Empezaba la clase de la mañana, cantando un himno patriótico y rezando un Avemaría y el sábado por la tarde terminaba la semana rezando el Rosario. En invierno, cuando las tardes eran cortas, se encendía un petromax. El fin de semana, una vez finalizado el Rosario, nos desplazábamos a un local cercano que había sido sociedad de recreo, donde la diversión era darle al manubrio, el veo decían algunos, de la pianola de rodillos, incautada junto con el edificio, sacándole siempre la misma música, y en el pequeño patio, darle a la pelota. El maestro, don Guillermo, furrunguiaba el timble y una de esas tardes, mientras le sacaba los sones de unas folias, el compañero Pepe Rodríguez cantaba a voz en cuello: "Si quieres que vaya y venga, manda limpiar los caminos, porque me pican las arenas, cuando vengo a hablar contigo".

El asiento del maestro, aún no se empleaba lo de profesor, era una simple silla de comedor; estaba presidida por un Cristo flanqueado por los retratos, del General Franco y José Antonio Primo de Rivera, fundador de Falange Española. De esa ubicación se hizo un chiste que no creo oportuno contar. Por cierto había un retrato descomunal color sepia del General, del que hasta no hace muchos años, se conservaba un ejemplar en el despacho de un profesional de Arrecife, al final de la calle Real. El domingo el maestro tenía que reunir a los alumnos en la escuela para acompañarlos a la iglesia a oír misa.

Por la Escuela de Arriba, que fue la mía, pasaron don Guillermo Topham, don Manuel Corujo después de haber regresado como Caballero Mutilado, una maestra canaria de la que no recuerdo el nombre, don Esteban Cabrera Velázquez que todas las mañanas venía de Tiagua en su caballo, don José Cabrera, que tenía una gran habilidad para trabajos manuales, don Santiago Calles y don Antonio Guadalupe ya regresado de su exilio insular forzoso. Doña Carmenchu, una señora vasca, esposa de don Rafael Rijo, maestra que también había sido represaliada por sus ideas políticas, en la casa que después habitó mi buen amigo Marcial Perdomo daba clases particulares, hasta que también rehabilitada, la destinaron a La Palma. En la de Abajo siempre conocí a don José Ferrer Martín. Por una permuta, mi madre fue sustituida por doña Angelina Lloret, una señora de un justificado carácter agrio, pues era viuda de uno de los sindicalistas de Las Palmas, de los que se dice fueron llevados a La Península en el vapor "Dómine" y, desembarcados en Vigo, posteriormente al pasar el tren por las cercanías de Toledo, fusilados y arrojados al río Tajo, hecho confirmado por un famoso y tétrico telegrama recibido en Las Palmas: "Al agua patos".

Mi maestro durante más tiempo, hasta que fue destinado a Tiagua, fue Guillermo Topham, que me atrevo a tutear con todos los respetos por nuestra amistad una vez finalizada y pasado mucho

tiempo desde la etapa escolar, premiaba a los alumnos de forma singular. Los lunes traía trompos y boliches que repartía por méritos y el más curioso es que, entre otras cosas, en el armario tenía unos gemelos ópticos, no de camisa, y uno de los premios era dejarlos enfocar para Arrecife. En ese armario había la reproducción en escayola de una pequeña escultura del hidroavión Plus Ultra con el aviador Ramón Franco, obra de Pancho Lasso, conmemorativa de su estancia en Lanzarote, y unos aparatos inventados por el padre del maestro, don Adolfo, entre los que recuerdo una pequeña máquina de sumar, que se accionaba presionando sobre unas teclas.

En agradecimiento, no me canso de repetir que, si bien su fama popular fue la de periodista y cronista, pienso que lo que ganó la isla como periodista lo perdió como gran maestro.

+++++

Y como estamos con escuelas y enseñanzas, pido perdón de antemano por comentar algo familiar, pero que creo es una circunstancia singular que no se habrá repetido muchas veces: Mi bisabuela, Eugenia Betancort Camejo nació en Haría en 1806, según datos que me facilitó mi compañero Paco Hernández, Cronista Oficial de Tegui; y, según Pepe Hernández, doña Modesta Armas, historia viviente de San Bartolomé, le comentó que Eugenia trabajaba en el Hospital de Tegui, donde conoció como paciente a mi bisabuelo; conocimiento que, como en las novelas románticas, terminó en matrimonio. Eugenia que debió tener espíritu inquieto, cuando no existía organización estatal del Magisterio, y esto lo sé por mi abuela, creó una academia privada que, cuando ya no la pudo atender, pasó a mi abuela Margarita Martín Betancort. Cuando se crea el Magisterio Oficial, mediante unos cursos se habilita a quienes había ejercido esa labor privada, como Maestras Tituladas. Mi abuela, en plena juventud, se va a Tenerife, donde obtiene el título y ejerce de maestra propietaria hasta su jubilación con 70 años, el 16 de Abril de 1925 y mi madre, Margarita Martín Martín, toma posesión como maestra interina de la misma escuela, el 21 del mismo mes. Decía como curiosidad poco frecuente que tres generaciones, madre hija y nieta, se sucedan sin interrupción de continuidad, en la misma labor docente. Por tener el mismo nombre y la misma profesión, en el pueblo, y yo lo oí muchas veces, a mi abuela se le conocía como Doña Margarita la Vieja y a mi madre como Doña Margarita la Nueva.

En una pequeña calle, a la que hacía esquina el cine de Antonio Armas y que partiendo frente a la casa de don Domingo de León, hoy habitada por su hija y su esposo Mario Cabrera, desembocaba en la tienda de don Manuel de León, hay una pequeña edificación de dos aguas, casi en ruinas, que fue bodega de don Daniel Armas, pero antes local de la primera escuela de mi abuela. Está inmortalizada como portada del libro de poesías de Reyes Tabares.

+++++

Antes nombré el local donde los sábados por la tarde los alumnos de la escuela nos divertíamos y, entre otras cosas, con la pianola de manubrio. Más tarde, en ese local el señor Parrilla daba sesiones de cine. Este señor muy emprendedor, además del cine y la tienda, montó en la Casa del Mayor Guerra, una fábrica de fideos que veíamos en unos tableros tendidos para secarse al sol y que contribuyó a cubrir alguna de las necesidades de alimentos de aquella crítica época.

+++++

Nombré a un Guardia Civil. Para la vigilancia estaban, aunque no coincidieran en el tiempo, don Juan, el marido de doña María la maestra, Don Justo Fernández, padre de Justo, compañero de la escuela, y después famoso sindicalista a nivel nacional; o don Porfirio Niño, con familias bastante numerosas, entre ellos "Firo", también alumno de la escuela y del que tengo una tarjeta postal felicitándome por mi santo; y decían que, de vez en cuando, hacía la ronda el famoso Cabo Pérez, la esposa de don Justo, era doña Lulia y su hermana doña Leocricia, esos raros nombres propios de los palmeros. Un día comentaba con la otra Leocricia, la de aquí, cuál era el motivo del suyo, igual al de la señorita palmera. Pero la vigilancia más eficaz dentro del pueblo, la realizaba don Bartolomé Martín, el popular Bartolo el Celador que, con una mirada y el movimiento de la vara de membrillo bajo el brazo, que alguna vez se despegó para acariciar la pantorrilla de algún rebelde, imponían el máximo respeto.

Los guardas jurados, guardas rurales, de los que conocí a dos que creo eran hermanos, Don Pedro acompañado siempre con el perro "Capitán", de color negro intenso, que imponía respeto y la correspondiente vara de membrillo. El otro hermano creo de nombre don Eligio, de lo que no estoy muy seguro. Los guardas con la vara alisaban la entrada de las fincas de su vigilancia y trazaban una cruz dando fe de su presencia. Usaban una banda de cuero con una gran chapa metálica y la llevaban colocada en bandolera, atravesada del hombro a la cintura. Se decía que a los muchachos que trincaban en alguna infracción, además de la correspondiente denuncia, les daban un buen tirón de las pelucas. Como vecinos teníamos bastante amistad con la familia de don Pedro, su esposa doña Julia y sus hijos, Luz, Andreíno, Miguelo y Felo, de los que guardo un grato recuerdo. En su casa estaba la Virnita, una urna adosada a la pared, con una pequeña imagen de la Virgen. La urna tenía una ranura por la que se introducía la limosna para el mantenimiento del aceite de la lamparita que la iluminaba todas las noches. Algunos intentaban sacar las perras metiendo dos palitos.

+++++

El trabajo de peluquería, exclusivamente masculino, lo efectuaban los señores García y Corujo. Solo los domingos, ya que los hombres tenían el tiempo del resto de la semana, dedicado al escardillo, al arado, al camello y a ordeñar las cabras. En aquellas barberías también se podía echar unos pizcos. A los muchachos nos sentaban en una silla de arco, vueltos al revés, agarrándonos al respaldo. Las muchachas más presumidas, con motivo de una fiesta, tenía que irse a Arrecife para que le hicieran la permanente, y desde donde regresaban con olor a pelo chamuscado, que duraba bastantes días.

+++++

Hay un fenómeno que creo debe ser estudiado, no solo por historiadores sino, fundamentalmente, por sociólogos, ya que supuso un cambio radical en ambiente, costumbres y contactos externos. Con motivo de la Segunda Guerra Mundial y al parecer por la sospecha de que el Gobierno Español permitiera el paso de las tropas alemanas para conquistar Gibraltar, los ingleses, y lo dice su primer ministro Churchill en sus "Memorias", una escuadra de la marina británica, la poderosa Royal Navy, se encontraba al norte de nuestras islas, para su ocupación. Ante esa eventualidad, el ejército español reforzó a las islas, como ocurrió cuando la guerra de Cuba, en 1899, y se estableciera la Batería del Río, con los cañones que hoy, simbólicamente, defienden o mejor dicho adornan al Castillo de San Gabriel. A mediados de 1941, el dato lo tomo del libro "El batallón de Arrecife", del

historiador y comandante del ejército, Don Manuel Clar Fernández, llega a Lanzarote el conocido popularmente por "Batallón de Lorca", del que una batería, se ubica en San Bartolomé.

La casa de Cerdeña donde se establece el mando, almacenes y escuelas, entre ellas la de mi madre, se habilitó como cuarteles. Casas particulares acogen a oficiales y suboficiales. Detrás de la iglesia, junto al viejo cementerio, se acomodan mulos y caballos; y trompetas y tambores, con la diana al amanecer, fajina al mediodía y la retreta al anochecer, estremecen muros y paredes. Al fondo del aula, se oye: "Don Guillermo, déjeme salir que ya tocaron fajina y tengo que ir a coger las sobras para la comida del cochino".

En la antigua Plaza con una fila de eucaliptos, detrás del muro que arrancaba desde la casa de don Cristóbal Ferrer, donde estaba el teléfono público, hasta una pequeña edificación que sirvió de barbería, se parapetaba un determinado número de cañones a los que una vez vi pintando sus colores de camuflaje al profesor don Juan Reguera Castillo, conocido familiarmente por "Juanele", con su gran melena blanca y mono azul.

El hermanamiento, casi familiar, entre los muchachos murcianos y la población civil del que guardo, entre otras cosas, una fotografía de momento no localizada, de mi amigo Perico y yo, él descalzo y yo con unos zapatos deteriorados por la punta, con dos soldados, aunque vestidos de paisano. Soldados del batallón a quienes el pueblo socorrió, más de una vez, con el gofio que paliaba la no muy abundante alimentación cuartelera. A los que veíamos marcar a fuego los jergones de lona, con la letra inicial de su nombre y apellidos, con la pólvora sacada de los cartuchos de fusil y, que una vez vacíos, nos regalaban y guardábamos como un tesoro. Aquel soldado que en su tierra peninsular debió ser aprendiz de joyero y que, por unas pesetas, valiéndose de una moneda de níquel de un real y una especie de puntero, martillazo a martillazo, dotó a muchos y a muchas de anillos en los que incluso grababa las iniciales del destinatario. Las viejas herraduras inutilizadas nos las regalaba el maestro herrador Santana que realizaba su trabajo de cortar los cascos de caballos y mulos, ajustarías y clavar, en la herrería de don Manuel el de la Villa, cerca de mi casa. Nuestro amigo Jaime Sánchez Ruiz, joven voluntario que después tuvimos como compañero en el Instituto y que, según la prensa leída años después, se convirtió en su tierra en inventor. El repugnante y mal recuerdo de un energúmeno con un galón dorado que, delante de los muchachos que esperábamos a entrar en la escuela, maltrató de palabra y hecho, a un integrante del pelotón de los torpes, por no saber marcar el paso, nunca se me ha olvidado.

La antigua plaza entre la iglesia y el Ayuntamiento era de cemento y en el centro tenía un enorme huerto en el que nunca se plantó nada, rodeado de un banco circular de cemento rojo, del que el actual es un remedo. Un día que algunos corríamos alrededor, sentí que me resbalaba y después me vi en mi cama con un fuerte dolor de cabeza. Algunos de aquellos soldados me habían llevado inconsciente a mi casa, como consecuencia de la brutal caída.

El primer partido de fútbol que se celebró en el pueblo, el día de la Patrona, en la tierra de don Fernando Fuentes que los soldados habían librado del polvillo que la cubría, y del que el mejor jugador, un maestro armero, salió con una fractura de pierna; las algarrobas que servían de alimento a mulos y caballos y que, regaladas por los soldados, nos parecían un majar exquisito.

Contra la pared posterior de la Sociedad, los soldados jugaban a una especie de frontón, con unas pelotas duras que le veíamos hacer, con una tira de goma de coche bien apretada, un poco de lana y un forro de cuero.

Y, aunque en 1945 según data el mismo libro del señor Clar, el Batallón regresó a La Península, en el recorrido de despedida que hicieron todos por las calles del pueblo, les oímos cantar un estribillo: "Adiós Lanzarote que nunca te volveré a ver", algunos sintieron la nostalgia de esta tierra que tan bien los acogió, y así aquel muchacho poco mayor que nosotros, al que envidiábamos oyendo hacer la llamada a la tropa con su cornetín, lo vimos años más tarde cambiar el instrumento musical por los aparejos de ir a pescar a La Costa; y se crearon familias con apellidos tan extraños hasta el momento, si no me equivoco, de Guardiola, del Real, Chiclana o Chicano.

+++++

También hubo días negros y no tan negros, y días de fiesta. Sucesos sangrantes y pérdida de amigos, que no voy a detallar por respeto a sus familias. Sucesos más o menos importantes como cuando la mula Roja, junto al caballo Barranco, al que los oficiales enseñaban a saltar sobre una viga entre dos piedras, pateó a un anónimo soldado y del que se decía falleció en el Hospital Militar de Las Palmas; un toro, camino del matadero, hirió gravemente a un muchacho apellidado Elvira, hijo del marchante de San Bartolomé, y pocos días después recuerdo ver el cuero, decir piel me parece demasiado fino, del toro negro, colgado para secarse; uno de los fieros camellos, de la familia Figueroa que llamábamos "Los Rosendos", que vi llevando de la jáquima a Perico, mordió cuando le iba a colocar el sálamo, a un señor de la calle Calderetas, arrancándole los dedos, y cuyo nombre siento no recordar, aunque me parece que era Rafael. Por la noche, cuando regresaba a mi casa después de pasar la tarde con Fermín y Frasco, Rodríguez, al pasar necesariamente cerca de las gállenas de esos camellos, el sonido de la tableta me obligaba a pasar corriendo. La imprudencia de un soldado dejando sueltos a unos mulos junto a la herrería, hizo que mi abuela Margarita, doña Virginia Ramírez y doña Bernarda Auta, mantilla y guantes negros, fueran atropelladas pero sin peores consecuencias, cuando regresaban de la diaria misa matutina que oficiaba don Víctor; la camella mora de don Daniel Armas se escapó de la cuadra, sembrando el miedo entre las alumnas de la escuela de mi madre, que jugaban en la calle; Antonio Corujo, a hombros de su primo Melchor, se estrelló contra el muro frente a la escuela y le costó algún diente; a Juan Gil Corujo, el del Cascajo, jugando descalzo al fútbol, una patada a una piedra hizo que el maestro don Guillermo tuviera que curarlo con yodo, algodón y esparadrapo.

Más trágicos los casos del ruso y de Manolo el Árabe. Se decía que un ruso, seguramente exiliado por motivos políticos, y que no se sabe cómo llegó al pueblo, lo oían por la noche pasar cantando, por la calle Halcón, hasta su domicilio por aquellas inmediaciones. Parece que se dio orden de expulsión y, cuando lo llevaron al muelle para embarcar, se tiró al agua y se ahogó. A Manolo el Árabe lo recuerdo, menudo y flaco, en la sala de mi casa abriendo la maleta rebosante de telas y vestimentas y que, cuando mi madre me compró un buzo, aquellos pantalones azules, con un peto y tirantes para sujetarlos, dijo: ¿Vas a vestir al niño de "macánico"? De la tragedia también recuerdo la mancha de sangre reseca de su víctima, en el postigo del caserón cercano a la hoy calle Antonio Cabrera.

+++++

Por cierto, al nombrar a Juan Gil, recuerdo que de su homónimo, el médico Juan Gil Cejudo y del farmacéutico Juan Armas Cancio, algo mayores que yo, siempre oía hablar como únicos estudiantes universitarios del pueblo, siempre ausentes, que conocí, cuando el primero llegó a Arrecife como alférez de las Milicias Universitarias y al segundo cuando estableció su farmacia en Titerroy.

+++++

Aunque lo he buscado en los tres diccionarios de habla canaria que tengo en mi casa, no he encontrado el verbo engarinchar. Engarincharse era salir corriendo detrás de un coche o camión, colgarse de cualquier saliente, y estar montado mientras el cuerpo aguantara. Uno de los hermanos Espinosa, no recuerdo cual, engarincharse le supuso lo que hoy los sanitarios denominan puntos de sutura en la rodilla. Una coneja era la cicatriz indeleble que una piedra, bien dirigida según su autor y mal recibida por la víctima, dejaba en su cabeza. Algún mataperro presumía de tener varias y se manifestaban con la pelada al rape, propia de aquella época.

+++++

Pero también había fiestas. La de San Bartolomé nunca me la gocé por ser en época de vacaciones que nosotros pasábamos en Arrecife; pero de la que he sido habitual en lo posible desde mi jubilación. La más importante después era la del Corpus, procesión con don Víctor bajo palio portando el Santísimo y los altares, adornados con flores y colchas, en el hueco de la ventana de muchas casas; cánticos, repiques y olor a incienso. En la iglesia después de restaurada, y la que visitaba no solo los domingos ya que acompañaba a mi madre y mi abuela que, por tradición familiar, tenían el encargo del mantenimiento de la Capilla de Dolores, echo de menos el púlpito con posible valor artístico según me asegura Pepe Hernández, y mucho sentimental, que alguien o por ignorancia o por exceso de celo postconciliar, hizo desaparecer, y desde el que se escuchaba la voz solemne de don Víctor; la del controvertido Obispo Pildain y, posiblemente, como en otras parroquias, la de San Antonio María Claret, pero este tema lo dejo en manos del mismo Pepe Hernández si no es que él ya lo ha averiguado.

También en aquel púlpito se escuchó la voz, en algunos casos terrorífica, de los Padritos. Aquellos misioneros de visita anual, cuyo método era atemorizar con los tormentos eternos del Infierno para despertar las conciencias. Recuerdo a los Padres Navarro y Lodosa que en la misa, después de hablar de ese fuego eterno, lo que causó algún desmayo, salir por la madrugada de las calles en el Rosario de la aurora, acompañados por el coro popular entonando un absurdo: "Perdón a tu pueblo, perdónalo Señor; no estés eternamente enojado..."

+++++

Creo que merece un apartado las comunicaciones y noticias llegadas desde el exterior. Los días de correo, martes y viernes, Gervasio hijo, traía a mi casa un rollito de papeles; el periódico "Falange", único y exclusivo que se publicaba en nuestra provincia. No sé si olvidaré a alguno, pero don Víctor el Cura, don César Cabrera, secretario del Ayuntamiento, don José María Gil y don Luis Ramírez en La Florida, tenían un aparato de radio, alimentado por una batería de coche y cargada mediante un

pequeño y zumbador molino pintado de verde, situado en la azotea, precursores de la actual energía eólica. En casa de don Víctor se reunía mucha gente a la hora de oír el parte. La emisión de noticias durante la contienda nacional, se iniciaba con aquella voz profunda de actor: "Parte nacional de guerra", de donde viene que aún, en algún caso, se denomine así el noticiario de la radio. Don Víctor, se decía que republicano, tenía en su despacho un mapa de España en que diariamente durante el llamado Movimiento nacional, con unas banderitas rojas y azules, colores con los que se identificaban los dos bandos contendientes, iban señalando los avances o retrocesos de unos y otros. Oíamos el repique que, supongo que a regañadientes dada su ideología política, el Párroco ordenaba tocar cada vez que el denominado Ejército Nacional, tomaba una ciudad importante.

La figura noble de don Víctor fue de las que más impresión causó a mi niñez. Sus sabias pero largas homilías, que algunas veces hacían dormir a algunos de los hombres de los bancos de atrás, y su bondad. Siempre he dicho que, en sus frecuentes visitas a mi casa, me impresionaba el tamaño de sus zapatos, que emergían de la sotana que siempre usó y, en su entierro, en el que siguiendo las costumbres eclesiásticas, el féretro sin tapa fue llevado a hombros hasta la iglesia, lo prominente de su nariz.

Le escuché contar una anécdota simpática de la que fue protagonista Pepe, uno de mis compañeros de la escuela y el mismo que cantó aquellas folias en el recreo del sábado por la tarde. El mandamiento eclesiástico, que ordenaba ayuno y abstinencia en Semana Santa, se paliaba con La Bula y El Buleto. La Bula que empezaba con un: "Nos Cardenal Pía y Deniel, Primado... ", se colocaba solemnemente en el altar mayor de la iglesia y permitía, mediante una pequeña limosna, librarse de esa obligación; y el Buleto prometía determinados perdones en el Más Allá. Pepe, que de aquello no entendía nada, se fue a la casa parroquial, entregó la limosna, y dijo: "Don Víctor, dice mi madre que le mande la burra y el porreto". Supongo que todavía no tendré que explicar eso del porreto.

Don Víctor Garrido San Martín, riojano, antes de venir a San Bartolomé fue párroco de Puerto de Cabras, donde coincidió con don Miguel de Unamuno, confinado durante la dictadura del General Primo de Rivera, de donde escapó y dio lugar a su libro: "De Fuerteventura a París". Don Miguel y don Víctor hicieron amistad y hubo entre ellos intercambio de correspondencia que desapareció el día del fallecimiento de nuestro párroco. Siempre me interesó la desaparición de esa indudable valiosa y supongo poco ortodoxa por parte del catedrático, correspondencia. Pensé que, en aquel momento en que el Obispo Pildain calificó a don Miguel de hereje, alguno de sus pastores la habría secuestrado o destruido. Finalmente el amigo e investigador Pepe Hernández me aclaró que don Juan, habitual visitante y contertulio de la Casa Parroquial, la había retirado con el fin de que no se perdiera, con la mala suerte de que un día de lluvia, una goteras la había destruido. Una verdadera lástima.

Don Víctor para sus misas diarias, además de un montón de monigotes, contaba con la colaboración de dos Rafaeles, Rafael el Sochantre, conocido por "Rafa", de profesión carpintero que, con ayuda del pequeño armonio del coro, contestaba a aquellos latines de las misas preconciarias, que casi nadie entendía, y Rafael el Sacristán, zapatero en su trabajo particular, que era capaz de sacar armonía de unas campanas que no estaban preparadas para eso. Después de un largo y armonioso repique, tocaba la primera, la segunda y la tercera, seguida al poco rato de otro de llamada muy rápido, de la más pequeña, que hacía que una señora le gritara al esposo: "¡Pepe!; avíate que Rafael

ya tocó el ¡ven!, ¡ven! En los domingos y festivos la familia Gil sustituía en el coro al habitual sochantre.

+++++

En las tardes del mes de mayo, Mes de María, la iglesia era un entrar y salir de jóvenes cargados de flores para enramarla con motivo de las novenas. Era usual el vestido de angelitos con alas postizas, cánticos y recital de versos. Uno de los párrocos, muy anterior a nuestra época, al parecer tenía vena poética ripiosa y, entre ellos, el que uno de sus monaguillos, hijo de albañil, recitó: "Yo me llamo Marcialillo, / y mi padre maestro José, / yo soy monigotillo, / y mi padre jace paré".

+++++

Como hablamos de zapaterías, tengo que referirme a la del Sacristán, en Las Ventas, dentro de un patio frente a la tienda de doña Pura; la de don Marcial, al fondo de la Plaza y la de don Joaquín, cerca de la molina de don Juan Armas, hombrón que terciaba los martillazos en la suela y el arreglo de cinchas, tajarras y pretales, con su profunda voz, acompañada de un timple o una guitarra.

+++++

Otro de los personajes importantes es el justamente homenajeado, fundamentalmente por su generosidad, don Luis Ramírez González, fallecido en extrañas circunstancias durante su viaje a Roma para asistir al Congreso Eucarístico. Donó su casa de Arrecife, hoy conocida por "Casa de la Cultura", a la Congregación Salesiana, con el fin de que educaran a chicos que no tuvieran medios para ello. Su casa de La Florida era un verdadero museo, que tuve la suerte de visitar, cuando siendo un niño, con mi amigo Estanislao, fuimos a llevarle un obsequio por parte de sus padres. Tenía una mona que se encaramaba en una caja colgada en la pared, la perra "Linda", que se decía había enterrado a su muerte en el Castillo de Guanapay, bajo una losa de mármol con su nombre, y un coche blanco dotado de un "ahí te pudras". Eso del ahí te pudras, es que el coche de dos plazas resguardadas con una capota de lona, en la parte posterior tenía una tapa que, al levantarla podía acomodar a un tercer pasajero que, sin resguardo alguno tenía que soportar las inclemencias del tiempo, fuera viento, lluvia o tierra. Vi, más de una vez, a Linda asomada a la ventanilla del coche. Mi abuela Margarita me contaba que, en cierto momento en que tuvo sus discrepancias con el párroco, don Luis se mudó a oír misa a la iglesia de La Villa. En aquella época en que de casa en casa se llevaba una imagen sagrada en la correspondiente urna, que tenía pegado en la puerta un papel con el turno correspondiente a cada familia; la que pasaba por la mía tenía una funda de raso gris con unos símbolos eucarísticos bordados por don Luis, para lo que al parecer, tenía gran habilidad. En la época que visitaba mi casa, se empezaban a introducir el aluminio entre los utensilios de cocina. Una de las veces le oí que decía a mi abuela: "Doña Margarita, no utilice las caldera de aluminio; se dice que los alimentos se convierten en venenosos". Estanislao me contaba una anécdota muy simpática. Parece que, por mala preparación de la entrada a la casa de La Florida o poca habilidad de don Luis en la conducción, cada vez que entraba, el coche se embarrancaba. El medianero, le decía al hijo: "Juanillo, ya viene don Luis. Prepara la camella para sacar el coche de la zanja de parras".

+++++

Terminaremos con las comunicaciones entre los pueblos, antes de la llegada de las guaguas de La Gildez o la Exclusiva como también la llamaban. El camión de Pepe Benazco que subía gangueando la cuesta de la Montaña Mina, algunas veces había que reponer de agua el vaporoso radiador y en el que fuimos de excursión para ver una ballena varada en la playa de La Tiñosa. El de Dionisio el Panadero, del que se decía con humor, que funcionaba a pesar de tener las piezas amarradas con vergas en vez de tornillos; el del otro panadero, Santiago; la guagua verde de Juan Cruz, o el de su homónimo Juan de León. Por avería colectiva o porque alguien llegó a la parada de la Esquina de Parra para decir: "Hoy no hay camión, ya que a Pepe le salió un viaje de batatas para El Bartolo", había que echar a andar carretera abajo camino de El Puerto. Un día del mes de mayo de 1945, cuando estábamos sentados para salir, la deseada noticia que el nuevo pasajero que subía, había captado por la radio: "Los alemanes firmaron ayer la derrota y se acabó la guerra". Se refería a la que se conoce como Segunda Guerra Mundial.

Bajando para Arrecife, mi padre le preguntó al chófer de uno de aquellos camiones, que es lo que hacía un muchacho sentado en la parte delantera de la capota con las piernas colgando por fuera. "Es que estamos mal de frenos y lo puse para que si alguien se pone delante, le grite que se quite". Aún no había llegado eso de la I.T.V.

+++++

Anexo lexicográfico para explicar, algunas veces en clave de humor, términos ya desaparecidos de la circulación hablada o en peligro de extinción, cuya falta de uso ha hecho que fundamentalmente la juventud actual, a quien va principalmente dirigido, nunca los haya oído o, de haberlo hecho, están en perfecto derecho a desconocer su significado. Sin orden alfabético a diferencia de los diccionarios y solo a medida en que surgen del anterior texto. Muchas son simples corrupciones pero que se usaron habitualmente.

BALDE.-Recipiente, fundamentalmente de hierro o cualquier otro metal resistente, con un asa, para contener cualquier clase de líquido. "Pepe llena un balde de agua y échale de beber a la camella".

ALCOGIDA.-Corrupción de "acogida". Superficie más o menos impermeable, para recoger y dirigir al aljibe el agua de la lluvia. "Voy a limpiar la alcogida, pues el tiempo barrunta agua".

PALANGANA.-Recipiente circular para depositar agua con destino al aseo. De metal; las que se decían de pisa eran esmaltadas de blanco y generalmente adornadas con flores de color. También había quien decía borsolana. "Para lavarte el jocico no tienes que llenar tanto la palangana, ¡que ya queda poca agua en el aljibe!"

GOMÁTICO.-Neumático que, inflado formaba el interior del balón. "Infla más el gomático que el balón no pincha nada".

GALLENIA.-Corrupción de gañanía. Lugar para encierre y guarda de los animales, principalmente burros y camellos. "Desalbardiya la burra y métela en la gallenía".

TRONJA.-Corrupción del castellano troj. En las habitaciones de mucha altura, un atillo de madera, para aprovechar el espacio y al que se accedía por una escalera de mano. "Sube a la tronja y bájame unas papas para el potaje".

TENIQUES.-Tres piedras que se colocaban sobre el poyo de la cocina para fundar la caldera. La parte delantera quedaba libre para introducir el combustible sólido, fueran maderas, troncos o carozos. "Llena la caldera de agua y ponía sobre los tenique, que ya es tiempo de empezar el potaje".

TABLETA.-Apéndice de color rojo, que el camello en celo como reclamo sexual, dejaba salir entre los huecos del sálamo, acompañado de espuma blanca y el sonido característico. También se le decía vejiga. "¡Ten cuidado!, el camello está caliente y está tocando la tableta. Es peligroso".

LEBRILLO.-Recipiente similar a la palangana pero de barro, de color canelo o melado, fabricado por algún alfarero local. "Chacho, cuidado con el lebrillo que es muy pesado".

GIRA.-Excursión. "El sábado todos los de la escuela nos vamos de gira a La Tiñosa".

CARAPUCHETE.-En el juego de la piola era el objeto, boina o garrotín que, al saltar, se colocaba sobre la espalda del perdedor, procurando que no se cayera. "A las siete, saltando y poniendo mi carapuchete".

MOCHO.-En el mismo juego, saltando se recogía el anterior objeto, diciendo: "A las ocho, saltando y recogiendo mi mocho".

FORRO.-Balón de cuero formado por piezas cosidas, dentro del que se inflaba el neumático. "Voy a coser el forro que tiene una raja".

GUIRGO.-Juego del escondite. Una vez pasado el tiempo acordado para que los ganadores se escondieran, el perdedor iniciaba la búsqueda al grito de: "¡Guirgo!, ya voy".

TROMPA.-Parte delantera del camión de juguete a modo de capot. "Encontré un cacharro de leche condensada para hacerle la trompa al camión".

PÍRGANO.-Eje central de la hoja de palmera, una vez pelada. "Como no hay cañas, voy a hacer la cometa con un pírgano que encontré en mi casa".

MITAD MEDIA.-En vez de por litros, se media por cuartas. La cuarta era la cuarta parte del litro y mitad media, la mitad de esa cuarta parte. "Por cada cupón de la cartilla dan mitad media de aceite y otra de petróleo".

BONITURA.-Boliche, en La Península canica, de mayor tamaño de lo corriente; de cristal irisado, con unos adornos interiores de colores. A los chiquititos se les decía "chinchitas". "A Pepe le gané la bonita que le trajo el padre de Las Palmas y a Juan la chinchita. ¡Los dejé escurridos!"

LIÑA.-Cuerda gruesa y fuerte que se empleaba en La Costa para pescar con anzuelo. El nombre es uno de los tantos portuguesismos establecidos en la Isla. "Búscame una liña costera para endorar el trompo".

PUAZO.-Una de las variedades del juego del trompo era intentar romper el del perdedor con un golpe de la púa, para lo que se sustituía la roma que traían de fábrica por una hecha con una tacha muy afilada. "Miguel, de un puazo le partió el trompo verde de Perico".

ESQUILA.-Pequeño cencerro. "Quítale la esquila a la cabra, que no me dejó dormir en toda la noche".

TOCADOR.-Aparato formado por una verga gruesa con un pequeño ángulo en el extremo, para empujar el arco. "Mi madre me escondió el tocador junto con el arco".

PIEDRA VIVA.-Piedra plana muy porosa y dura propia para pulir algún objeto también duro. "El teje lo hice restregándolo contra una piedra viva".

TIÑOSERO.-Nombre con que se designaba a los vecinos de La Tiñosa, actual Puerto del Carmen hasta que, por considerarlo peyorativo, se cambió la denominación del lugar. Al parecer, según Manolo Betancort Borges, se debía a la abundancia de una especie de algas y también pájaros llamados las tiñosas, existentes en sus costas. "Yo no me avergüenzo de que me llamen tiñosero".

EMBOSADA.-Cantidad de cualquier grano que cabía en el hueco de la mano. "Échale una embosada de millo a la cabra".

GUINDAR.-Sacar agua del aljibe con el balde. "Guinda un balde de agua para llenar el lebrillo".

PITÓN.-Eje de varios metros de largo, de la flor de la pitera. Como era muy ligero de peso se usaba, con una especie de gancho en la punta, para sacar el balde del fondo del aljibe cuando se caía. "Dile a la vecina que te preste el pitón que se rompió la sogá y se me cayó el balde al fondo".

REFOLAR.-Volverse al revés. "Se me cayó el plumero y se refoló la punta de la pluma".

ESTRALLAR.-Romperse algo frágil. "Se me cayó la pizarra y se me estralló toda".

PIZARRÍN.-Un trozo de pizarra en forma de lápiz para escribir sobre la pizarra manual. "Préstame el pizarrín, que tengo que escribir y el mío se me quedó en mi casa".

PETROMAX.-Lámpara alimentada por gasolina, que ardía a través de una pequeña y tupida red de seda. Había que llenar el depósito de aire, mediante el bombillo de una bicicleta. "Enciende el petromax, que ya se está haciendo de noche".

FURRUNGUIAR.-Tocar un instrumento de forma no muy académica. "Perico, ¡furrunguea el timple para acompañar una isa!".

ECHAR UN PIZCO.-Pequeño vaso, generalmente de vino acompañado de un enyesque. "Vamos a echarnos unos pizcos en la cantina de Manuel".

LA PERMANENTE.-Peinado femenino, basado en el uso de una especie de pequeñas tenazas calentadas al fuego. "Hace tres días que me hice la permanente y todavía no se me quita el olor a chamuscado".

SILLA DE ARCO.-Silla de madera con la parte superior del respaldo en forma de arco.

DIANA, FAJINA y RETRERA.-Toques militares de llamada a la tropa, para despertar y levantarse, almorzar o recogerse en el cuartel. "Vamos delante del cuartel para oír a la banda tocando la retreta". Al de diana popularmente se le puso una especie de letra que empezaba: "Quinto levanta, quítate la manta... "

PELOTÓN DE LOS TORPES.-En el argot militar grupo en que se encuadraba a los que tenían dificultad para asimilar algo. "Tú no eres capaz de aprender nada, ¡te voy a mandar al pelotón de los torpes!"

JÁQUIMA.-Trozo de soga o correa, amarrada al sálamo, para guiar al camello. "Agarra bien la jáquima, no se te vaya a escapar el camello".

ENGARICHAR.-Correr detrás de un coche o un camión y colgarse de cualquier saliente hasta que por el esfuerzo o alguna sacudida del vehículo, obligaba a soltarse. Las caídas eran peligrosas. "A Antonillo le tuvieron que dar puntos en la rodilla, cuando se engarinchó del camión y lo tumbó".

CONEJA.-Cicatriz que quedaba en la cabeza después de curada la herida causada, principalmente, por una piedra en una forrotera. "Pepe, como es tan mataperro, tiene la cabeza llena de conejas".

PADRITOS.-Misioneros católicos que cada año, principalmente por Semana Santa, se desplazaban a las islas para su labor de apostolado. "El Padrito que predicó ayer, cuando habló del Infierno me dejó muerta de miedo".

PORRETO.-Higo de tunera secado al sol. "Mi madre me dio de postre un porreto".

VEN VEN.-Después del tercer repique para llamar a cualquier acto en la iglesia, una especie de toque rápido con la campana chica, que también se aplicaba para el toque a rebato en caso de incendio, para indicar que la ceremonia estaba próximo a iniciarse. "¡Vamos para la novena, que Rafael ya tocó el ven ven!"

AVÍARSE.-Darse prisa, urgir. "Manuel, avíate que vamos a perder la guagua".

TRINCAR.-Sorprender y detener.

PELUCAS.-Pelusa que había en el cuello cuando se tardaba mucho en pelarse. "A Juanillo lo trincó el guarda robando fruta y casi le arranca las pelucas".

PERRAS.-Monedas de cinco o diez céntimo. De cobre y más tarde de una aleación con aspecto de aluminio. Las de cobre se ennegrecían por el uso, por lo que también se conocían por perras negras. El sobrenombre de perras se debió a que una de sus caras tenía grabado un león sosteniendo el escudo nacional; pero el diseñador estuvo poco afortunado por lo que más que león, parecía una perra con melenas. La de diez céntimos era una perra grande, gorda decían los peninsulares y la de cinco una perra chica. También se empleaba tostón y cinco cuartos. "Dice mi madre que me de cinco cuartos de rábanos y un tostón de papas".

TAJARRA y PRETAL.-Correas para sujetar la silla a la corcova del camello. "Cincha bien la tajarra y el pretal no vaya a virarse la silla".

CELADOR.-Guardia municipal. "El celador le dio un varillazo en las canillas que lo dejó loco".

BARRUNTAR.-Sospechar. "Voy a limpiar el caño del aljibe, pues barrunto que va a llover".

PINCHAR.-Saltar. "Las pelotas de trapo no pinchan nada".

GARROTÍN.-Especie de sombrero hecho de tela y almidonado para uso de los muchachos. "Doña María Jiménez era la costurera que mejor hacía los garrotines en San Bartolomé".

ENDORAR.-Arrollar la liña alrededor del trompo para bailarlo. "El trompo no te baila porque no sabes endorar la liña".

CHACHO.-Muchacho. "¡Chacho!; estate quieto de una vez".

SÁLAMO.-Aparato de alambre sujeto a la cabeza del camello para evitar que mordiera. "Hay que comprar otro sálamo para el camello; el que tiene está roto y en un descuido muerde a alguien".

ENYESQUE.-Hoy se denomina tapa. "Pónganos unos vasitos con unos enyesques de pota seca".

FORROTERA.-Guerrilla a pedradas entre muchachos de distintos barrios. "El otro día, con la forrotera llevamos a los de la Vuelta Abajo corriendo, a piedra limpia, hasta la casa".